

Frente libertario

Madrid, 4 de agosto de 1938 || Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro || NUMERO 540

EL PRECIO DE LA VIDA Y EL NIVEL DE SALARIOS

Un peligro que nos importa mucho atajar

Sería grave error, en el que no podemos incurrir de ninguna manera, dejar en olvido el fondo igualitario y justiciero que guía al pueblo en su lucha, no sólo contra la invasión extranjera, sino también contra los eternos explotadores del trabajo ajeno. Si cayésemos en tal equivocación no tardaríamos en ver cómo, al amparo de circunstancias excepcionales, surgían de nuevo a la luz pública todos los vicios que se quiso extinguir; contemplaríamos nacer un régimen de privilegio y explotación, y cómo algunos sinvergüenzas transformaban el sacrificio colectivo de la guerra en granjería particular destinada a enriquecerlos. Pero para que nada de esto suceda, importa mucho cortar los brotes del mal antes de que tengan raíces demasiado profundas. Porque —pueril sería negarlo— el peligro ha hecho su aparición y adquiere cada día características más desagradables, a través de una especulación desenfrenada, de un comercio público o clandestino con artículos de primera necesidad y de una elevación sistemática de los precios, que coloca fuera del alcance de la mayoría de los trabajadores toda una serie de productos.

Hace unos meses, toda la Prensa realizó una campaña a fondo contra la especulación. Conseguimos, aparente y transitoriamente, un éxito. Varios acaparadores y agiotistas sufrieron el peso de la justicia; mucho género fue decomisado; logramos que los precios experimentasen en diversos artículos un descenso inesperado y vertiginoso. Desde entonces han transcurrido varias semanas. Y hoy nos encontramos con que todos los artículos han experimentado nuevos aumentos. Desde los imprescindibles, como los alimenticios o las alpargatas, hasta los superfluos, como los espectáculos públicos o la horchata. Unos zapatos, que tres meses atrás nos parecían intolerablemente caros en cien pesetas, se venden hoy a ciento cincuenta o ciento setenta y cinco. ¿En virtud de qué? No lo sabemos. Pero la realidad dolorosa y sangrienta está en los escaparates de todas las tiendas. Ya sabemos, sí, que se hizo un recuento de las existencias que había en todos los establecimientos; también que se ha racionado el consumo, para que nadie pueda comprar cada semestre más que un número determinado de camisas, trajes, pañuelos o zapatillas.

Porque lo grave del caso —y es lo que a nosotros nos importa destacar hoy— es que, mientras la totalidad de los productos han experimentado considerables elevaciones, los salarios continúan aproximada-

mente como a las dos semanas de comenzar la guerra. Todavía existen en la retaguardia ciudadana —no hay por qué hablar de la campesina— salarios de diez pesetas o inferiores a esta cantidad.

Hoy la mayoría de los familiares de nuestros combatientes trabajan también. Hay, sin embargo, casos en los que el único que podía ganarlo es el movilizado. En éstos, puede creer nadie que, de continuar la carrera ascendente de los precios, sirvan de mucho las diez pesetas? Como no sirven ya casi los jornales obreros. Conste bien —y no nos cansaremos de repetirlo— que somos enemigos en los momentos actuales de cualquier elevación de los salarios. Pero conste también que existe una desproporción tan evidente como injusta entre el nivel de los mismos y el coste actual de la vida. Si pensamos con cierta lógica vemos que no se advierte con tan claros caracteres la escasez de artículos como la falta de la cantidad de dinero precisa para comprarlos. O, lo que es lo mismo, que corremos el grave peligro de encontrarnos, igual que antes de la guerra, con un régimen de privilegio establecido merced al cual quienes tienen sueldos elevados, rentas o ingresos inconfesables, pueden disfrutarlo todo, mientras a los trabajadores casi todos les está vedado.

Contra este peligro evidente y cierto hemos de reaccionar eficazmente. No lo sería aumentar los jornales, con lo que sólo conseguiríamos un mayor encarecimiento de la vida. Si terminar con la especulación, obligando a descender los precios a su nivel lógico y normal. Si tenemos en cuenta que la mano de obra no se ha encarecido sino ligeramente, tendremos que rechazar como agiotaje condenable la elevación de todos los artículos cuyas materias primas se produzcan en nuestro país. Podremos admitir una ligera elevación por transporte. Fuera de esto, los precios han de ser iguales o muy semejantes a los del 19 de julio de 1936. Ya estamos viendo que el problema no tiene una solución fácil; ya sabemos que los acaparadores y agiotistas presentarán cien pruebas amañadas cada día, pretendiendo justificar lo injustificable. Pero también sabemos que el abaratamiento del precio de vida es una necesidad imperiosa de nuestra guerra. Y que hemos de darle cima sin debilidades, sin transigencias ni tolerancias.

Leed C. N. T.

Los montes universales vuelven a sentir el palpitir de nuestra ofensiva

Las noticias de los últimos días, en el terreno militar, no pueden ser más halagüeñas; nuevamente han tomado la iniciativa nuestras tropas y una vez más, a golpes de heroísmos y con gestos de audacia, se abren paso entre el alud de metralla con que el enemigo intenta detenerlas, hacia las zonas en las que se trabarán los combates de nuestra guerra, que conducirán al pueblo a la libertad y a la independencia.

Cuando todavía no se ha extinguido el eco de las batallas del Ebro, en las que nuestro ataque ha roto las líneas defensivas enemigas y ha puesto en nuestras manos a millares de prisioneros, cantidades fabulosas de material de guerra, y miles también de kilómetros cuadrados de tierra devuelta a la libertad, se han iniciado en los montes de Albarracín nuevos combates. Aparte de la importancia material que una acción victoriosa en la zona de Albarracín puede tener para nuestra guerra, tiene también para nosotros un gran valor emotivo y apasionado, no en balde en esas tierras quebra-

das, abruptas, las milicias confederales escribieron páginas gloriosas, llegando incluso a ocupar casas en el mismo Albarracín.

Los compañeros de Mera y Del Rosal, primero, los de la división autónoma "D", después, conocen la tierra que hoy sonríe a nuestros soldados; allí se forjaron héroes y se realizaron gestas de gloria y de sacrificio en los primeros meses de nuestra lucha y aún bastantes meses después que la unificación del Ejército popular hizo desaparecer lentamente a las primeras y gloriosas milicias.

... esperamos el desarrollo de las operaciones que en ese sector se han iniciado, con la seguridad de que el triunfo se inclinará de nuestro lado. Y una vez más se habrá puesto de manifiesto que el ataque es la mejor defensiva y que atacando, ocupando pueblos, coronando se marcha de una manera firme e inextinguible hacia la victoria definitiva.

ALARMA EN EXTREMO ORIENTE

El Japón, al agredir a Rusia, abre el interrogante de la guerra mundial

Vaya por delante una afirmación que es consecuencia inmediata de nuestra absoluta sinceridad, no nos preocupa, ni nos importa, que haya guerra mundial, que no la haya, que ésta se limite a una guerra entre Rusia y Japón o que los chinos sean los que continúen pagando con su sangre los vidrios rotos en el Extremo Oriente. No. No nos importa ni nos preocupa que haya guerra. La tenemos, y extraordinariamente dura, en nuestro propio país, fomentada y alentada por los que, fuera de nuestras fronteras ven en nuestra lucha un excelente negocio. Y quizás la guerra mundial contribuiría a liquidar pronto y bien la española en contra de la invasión. No es, pues, indiferencia ante las vidas que se pierden inútilmente, sino indignación ante las claudicaciones y las blanduras de quienes son los responsables, indirectos, sí, pero responsables al fin y al cabo, de tanto desastre y tanta tragedia, lo que nos hace hablar y pensar así. Pero la realidad es ésta.

Los telegramas nos traen la noticia de los combates que se han desarrollado en la zona fronteriza soviético-manchú.

Lo cierto es que el Japón ha violado la frontera soviética y que Rusia ha respondido enérgica y adecuadamente. Y ante la gravedad de la

situación a que esos —llamémoslos incidentes—, han dado lugar, ya se adivinan los intentos de comenzar con los pasos de baile. Y donde se imponía una actitud tajante y rotunda por parte de Francia y de Inglaterra, surge la frase tópica: "Esperamos que el conflicto, caso de surgir, no se extienda a Europa". ¿Como si salvando la paz de Europa se salvara la dignidad del mundo!

Nuevamente Francia e Inglaterra retroceden y ponen de manifiesto sus intenciones de no cerrar, de una vez para siempre el paso al fascismo. Donde debía existir una clara condenación hay una duda y donde debiera existir gallarda energía hay miedo.

En cambio, Rusia actúa con toda rapidez y energía y sus guardias fronterizas han dado una réplica adecuada a los nipones. Y por esto, ante los combates de Chang-Ku-Feng se abre una interrogación: ¿Incidente? ¿Guerra? ¿En Asia? ¿Mundial?

Pronto nos dará el tiempo la respuesta a cada una de estas preguntas. Entre tanto nos limitamos a expresar nuestra seguridad de que Rusia, los trabajadores rusos, sabrán ser dignos de la confianza que en ellos han depositado los proletarios de todo el mundo.

Procedimientos de antaño

Siempre es útil recordar hechos y procedimientos antiguos, de otro tiempo, de otras épocas. No olvidarlos es saber el sentido de nuestra lucha, mantener tensa la preocupación de que tenemos que hundir un pasado de oprobio. Espectos dantescos, evocándolos los maldecimos. Pasen los espectros...

El confidente. Vivía de administrar bien la confidencia. Graduaba lo que sabía y lo suministraba en pequeñas dosis, teniendo durante muchos días preocupados a criminales esbirros, de la catadura de Fenoll, Báguenas... Cuando nada sabía el confidente, lo inventaba. Se relacionaba —porque acertaba a descubrirlos— con otros confidentes y con ellos formaba el círculo envilecido y envilecedor. Los esbirros acababan por quedar en el centro del círculo, viéndolo girar y deslumbrándose...

La redada. Se producía a raíz de unos días o unos meses de calma, en los que no se movía la política o el tinglado de la farsa. Fenoll llamaba a sus esclavos y les decía: "Hay que trabajar más. Hay que moverse. Hay muchos maleantes, atracadores, indeseables..."

En la noche de ese mismo día se hacinaban en los sótanos de la Dirección de Seguridad trescientos, cuatrocientos trabajadores fichados. Los confidentes dieron unos nombres. Lo demás lo pusieron los esbirros para demostrar que sabían trabajar...

Nota a los periodistas. Siempre había nota para explicar la redada. Eran —ya lo hemos dicho— atracadores, maleantes, hez de la sociedad que preparaban complots, asesinatos, movimientos... Se daban los nombres. Gentes que soñaban con un ideal de redención se veían calificados brutalmente. Cuando salían de la cárcel, ya eran maleantes, atracadores o indeseables... Un círculo limitado de compañeros sabía que eran trabajadores revolucionarios. A nadie podían pedir que rectificaran el calificativo. Y rumiaban en silencio odios y rencores al propio tiempo que la cárcel y las torturas, la miseria y las persecuciones deshacían sus vidas... Eran vidas rotas.

Apaleamientos. Tras de la detención injusta, la paliza para que "cantaran"... lo que interesaba a Fenoll o a Báguenas, a los esbirros que tenían que pasar factura y justificar los millones del fondo de reptiles. "Cantaban" los detenidos. Si a Fenoll le interesaba que dijeran que formaban una banda para atracar, eso decían. Si quería Fenoll que se constituyeran en banda asesina, se declaraban asesinos. Si tenían que ser falsificadores o productores de gases explosivos, eran una cosa u otra. "Cantaban". Las palizas y torturas no solían defraudar.

Presos gubernativos. Los detenidos se convertían en presos gubernativos. Pasaban a la cárcel y nadie les interrogaba, ni se formaba el proceso, ni se los juzgaba a plena luz. Si algún diario valiente denunciaba que había presos gubernativos se los ponía en libertad sigilosamen-

te, poco a poco. A veces convenía, para no descubrir tan pronto el amaño y la mentira de esbirros y políticos, que salieran por una puerta y entraran por otra...

La injusticia. Eso era la Justicia. Si convenía seguir un proceso, no faltaba un fiscal que quisiera hacer méritos bastantes para ascender. Y, muy grave, acumulaba cargos y más cargos sobre trabajadores limpios. Los calificativos brutales de aquella nota que se daba a los periodistas, pasaban, en letra de fiscal vendido, a los folios de un sumario. La Justicia se supeditaba a los intereses políticos o de clase de aquel momento. Y el fiscal, fijo en su carrera, sometido a los intereses políticos, convertía en escalera los patibulos...

Han pasado los espectros. Tienen telarañas. Son de tiempos remotos. De aquellos tiempos en que triunfaban el privilegio, la injusticia, el desenfreno, la arbitrariedad y las castas. Todo lo que se sublevó el 18 de julio. Todo lo que hay que hundir para siempre.

Visado por la censura



El embajador inglés en Roma ha llegado a Londres para pasar las vacaciones.

El embajador francés en Roma ha llegado a París para pasar las vacaciones.

¡No, no penséis mucho!

A lo mejor, es decir, a lo peor, se está engendrando un nuevo "vice-sub-comité".

A propósito de vacaciones...

¿Se les ocurrirá tomar sus vacaciones, también ahora, a los embajadores de Italia en París y Londres?

Somos también de la opinión de que el chispazo ruso-nipón puede estar inspirado en distraer la atención de Europa hacia Oriente, para que no se fije mucho en este "rinconcillo" nuestro, que "aun" es lo que preocupa a todos.

Leed CASTILLA LIBRE



El retroceso de la sensibilidad humana

Hoy hace veinticuatro años que comenzó la Guerra europea. El cuatro de agosto de 1914, previo el intercambio de ultimátums, luego de entregar a los embajadores sus respectivos pasaportes, Alemania iniciaba la invasión de Francia. El militarismo germano era rudo y bestial. Pero no alcanzaba ni remotamente al salvajismo fascista que ahora padecemos. Acaso, y sin acaso, porque en el mundo entero había una conciencia viva que se alzaba indignada contra las infracciones de las leyes de honor de la guerra. Entonces, cuando Alemania penetra en Bélgica, Inglaterra —que ponía todo su empeño en mantenerse apartada de la contienda— interviene en la lucha para vengar por el Derecho Internacional pisoteado. Entonces, cuando los cañones alemanes destruyen la maravilla gótica de Reims, en América, Asia y Europa, hasta en África y Oceanía, surgen voces de indignada protesta, miríadas de hombres que vienen voluntariamente a luchar y morir en los campos de Francia en defensa de la libertad y de la civilización.

Ahora tenemos ante nosotros un panorama moral completamente distinto. Las guerras no se declaran ni van precedidas de ultimátums, ni de espectaculares entregas de pasaportes a los embajadores respectivos. Aquí tenemos, sangrante, el caso de España, invadida por Alemania e Italia, sin que Inglaterra se acuerde para nada del Derecho escarnecido y humillado. Ahí tenemos, doloroso también, el caso de China desgarrada por el Japón, que no se molesta ni en declararle la guerra. Y, como remate y contera, la lucha entre nipones y rusos que adquiere ya los caracteres de una auténtica guerra sin que el Mikado se moleste en dar explicación de ningún género.

Pero lo que mejor prueba el retroceso de la conciencia mundial por culpa de la agresividad fascista, no son los modos un tanto extraños de hacer la guerra sin molestarse en declararla, sino la elevación al cubo de los procedimientos salvajes iniciados por el militarismo teutón. Las viejas leyes de la guerra han desaparecido por completo. El derecho de gentes no pasa de ser una utopía liberal. Antes era obligatorio el respeto a los no combatientes, a las poblaciones civiles, y quien procedía contra ellas merecía la reprobación indignada del mundo civilizado. Hoy la guerra totalitaria se encamina más que a combatir a los soldados, a provocar la desmoralización y el caos, hundiendo por medio del terror sus líneas de resistencia, con bombardeos continuados, sistemáticos y bestiales contra la población civil. Ya sería demasiado grave que hubiere quien careciese del resorte moral preciso para recurrir a tales métodos; pero es cien veces más indignante que tales procedimientos salvajes no hallen una réplica inmediata, contundente y categórica en todas partes. Por desgracia, ocurre

así. Una y otra vez los aviones italogermanos han destruido nuestros monumentos, asesinando cientos de miles de mujeres y niños, sin que la conciencia del mundo se sienta conmovida, sin que nadie defienda nuestro derecho, sin que nadie nos procure aquellos elementos que precisamos para impedir la continuación del crimen bestial.

A los veinticuatro años de la guerra pasada, comprobamos cuanto han progresado los procedimientos salvajes y cuanto ha retrocedido la sensibilidad humana. Es la obra negativa y bestial del fascismo. Es la consecuencia de tolerar mansamente los procedimientos bestiales de Hitler y Mussolini. Si quiere reaccionar el mundo, si desea salvar los restos de la civilización, no tiene ante sí más que un camino: aplastar a los países totalitarios.



ESPANTO. — Unos ojos muy abiertos, una boca más abierta y un ¡Ah! lo más folletinesco que se pueda.

ESPAÑA. — ¡¡¡Ná!!!

ESPAÑOL. — Libro de texto, cuya lectura debía ser obligatoria para todos los que quieran aprender a ser hombres.

ESPAÑOLA. — Edificio, único en el mundo, donde se fabrican puntos el valor, la decencia, la gracia y... ¡eso!

ESPARRAGO. — Es a las demás plantas lo que el hombre que tiene razón a la sociedad. Siempre está solo.

ESPECIALIZADO. — Cualidad necesaria para no trabajar en la especialidad.

ESPECIE. — Moneda corriente en la compra de conciencias.

ESPECIFICO. — "Señorito" de la farmacopea.

ESPECTACULO. — Pues eso... ¡mucho teatro! y... ¡mucho cuento!

ESPECULACION. — Destilar las necesidades humanas en el alambique del egoísmo.

ESPECULADOR. — ¡Ya hablaremos!

ESPEJO. — Documentación de la Verdad. Como todas las documentaciones, lo usa más quien menos lo debiera usar.

ESPERANZA. — Tornillo sin fin de la ambición humana.

ESPERAR. — Vivero de inquietudes.

ESPINA. — Venganza de los peces muertos.

ESPIONAJE. — Materia vistosa para argumentos de cine y fantasías de históricas.

ESPIRITU. — Fluido condensado en los depósitos del alma. Hay que tenerlo muy bien tapado y el depósito en buenas condiciones, porque se evapora con facilidad.

ESPLENDIDO. — Se llama así, con guasa, al que da lo que tiene, en beneficio de los demás. Por lo general, quien llama burlesco "espléndido" a otro, es el que más ha disfrutado de la esplendidez de éste.

S. U. de las I. del P. y A. O.-C.N.T.